

21 de mayo de 2024 - Martes de la 7ª semana del tiempo ordinario - años pares

[Sant 4,1-10; Mc 9,30-37](#)

Homilía

Se cuenta que el emperador Napoleón, hacia el final de su carrera pero antes de su caída, después de haber ejercido una buena dosis de «poder» durante su vida, confió a uno de sus generales: «¿Sabes lo que más me sorprende del mundo? - Es la incapacidad de la fuerza para crear algo». Al final -añadió- la espada siempre es derrotada por el espíritu».

Antes y después de él, muchos han tenido la misma experiencia. Y, sin embargo, es asombroso comprobar la fascinación que ejerce el poder tanto sobre quienes lo poseen como sobre quienes no lo poseen, e incluso sobre quienes son sus víctimas.

Los profetas de Israel parecen haber sido los primeros en la historia de la humanidad en proclamar que el poder no es supremo, que el sable es una abominación, que la violencia es obscena. Pero esta intuición tardó varios siglos en imponerse.

En el Nuevo Testamento, Santiago, en la primera lectura que acabamos de escuchar, nos advierte del mismo peligro y explica su origen: «¿De dónde vienen las guerras, de dónde vienen los conflictos entre vosotros? ¿No es precisamente de todos esos instintos que luchan en vuestro interior? -- Los conflictos entre los hombres provienen siempre de conflictos en el corazón de los individuos y, en última instancia, de la sed de poder que de algún modo es innata en nosotros.

Los propios Apóstoles no escaparon a esto. Tenemos un ejemplo en el Evangelio de hoy. Durante su última subida a Jerusalén, Jesús preparó a sus discípulos para su partida. En el texto de hoy encontramos el segundo anuncio de su Pasión. ¿Y qué hacen los discípulos inmediatamente después de este anuncio? Es increíble, pero discuten entre ellos sobre quién es el más grande, y sin duda quién será el primer ministro en el nuevo reino instaurado por Jesús, que pronto se proclamará Mesías-Rey de Israel. Realmente aún no han entendido nada. Y lo más trágico es que volverán a hacer lo mismo después de que Jesús anuncie su Pasión por tercera vez, en la misma víspera de su muerte. Es tan difícil cambiar los sueños por la realidad.

Jesús aprovechó la ocasión para seguir formando a sus discípulos. Les puso el ejemplo de un niño pequeño. La característica de un niño

es no ser importante y, por tanto --al menos hasta que las primeras heridas de la vida le han hecho temeroso o desconfiado--, estar totalmente abierto a todo lo que se le da; recibirlo todo como un don, sin tener ningún derecho que hacer valer o defender. Este es el nivel del amor espontáneo, no de los derechos.

Éste es también el nivel en el que tiene lugar el servicio, al que Jesús exhorta a sus discípulos: «Si alguno quiere ser el primero, que sea... el servidor de todos». La vida en común, ya se trate de la vida de un matrimonio o de la vida de una comunidad monástica, se funda en el servicio mutuo: ayuda que nos prestamos unos a otros en nuestra búsqueda de Dios y en nuestra conversión permanente, pero que debe expresarse a través de servicios cotidianos de carácter material y muy práctico.

Al llamarnos a servirnos unos a otros, Jesús nos llama al nivel del amor gratuito. Cuando, en la vida comunitaria -o en la vida de pareja-, empezamos a reclamar nuestros derechos, elegimos un plan distinto del elegido por Jesús. La comunión no se construye mediante el ejercicio del poder, sino mediante el servicio mutuo gratuito, signo del amor que Dios nos tiene y que nos llama a tenernos los unos a los otros.

Armand VEILLEUX